

La cuenca hidrológica, ese maravilloso lugar llamado Mandala



‘La cuenca hidrológica, ese maravilloso lugar llamado mandala’ es el título del cuento ganador en la 2ª edición del concurso ‘Yo escribo para los niños y los no tanto’ organizada por el Consejo de Ciencia y Tecnología del Estado de Querétaro.

Con esta actividad se fomenta e impulsa la divulgación de la ciencia mediante la escritura de cuentos que incidirá en el fortalecimiento de una cultura científica y tecnológica entre la sociedad queretana.





SECRETARÍA
DE EDUCACIÓN



DIRECTORIO

PODER EJECUTIVO DEL ESTADO DE QUERÉTARO

Lic. Francisco Domínguez Servién
GOBERNADOR CONSTITUCIONAL

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN DEL PODER EJECUTIVO DEL ESTADO DE QUERÉTARO

Lic. José Alfredo Botello Montes
SECRETARIO DE EDUCACIÓN

CONSEJO DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA DEL ESTADO DE QUERÉTARO

Ing. Ángel Ramírez Vázquez
DIRECTOR GENERAL

Lic. Mauricio Palomino Hernández
SECRETARIO

Alicia Arriaga Ramírez
JEFE DEL ÁREA DE DIFUSIÓN

CONSEJO NACIONAL DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA (CONACYT)

Dr. Enrique Cabrero Mendoza
DIRECTOR GENERAL

Dr. Elías Micha Zaga
*DIRECTOR ADJUNTO DE DESARROLLO
REGIONAL Y SECRETARIO TÉCNICO
DEL FORDECYT*

Mtro. David García Junco Machado
*SECRETARIO ADMINISTRATIVO DEL
FORDECYT*

Dra. Margarita de Lourdes Blum
Valenzuela
*DIRECTORA DE COORDINACIÓN
REGIONAL*

Agradecemos al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) por el apoyo otorgado al CONCYTEQ para la presente publicación realizada en el marco de la “Estrategia Nacional para Fomentar y Fortalecer la Difusión y Divulgación de la Ciencia, la Tecnología y la Innovación en las Entidades Federativas: Querétaro 2015”

Diseño: Shock Estudios / Julio Eduardo Yáñez Rodríguez / Nora Gabriela Jiménez Barcenas

Corrección de estilo:
Dra. María Luisa Álvarez Medina

CONCYTEQ

Luis Pasteur Sur No. 36 Col. Centro,
C.P. 76000
Tel (442) 214 3685, 212 72 66
Santiago de Querétaro,
diciembre de 2015.

Este cuento es un homenaje a los perros callejeros que vemos todos los días. Ellos tienen siempre una historia que contarnos, debemos de cuidarlos y protegerlos. En esta historia, perros con hogar se transforman en actores y se ponen en las patas de perros de la calle para enseñarnos lo importante que es conocer una cuenca...

Martín Alfonso Gutiérrez López

‘Yo escribo para los niños y los no tanto’, convocatoria 2015.

El uso de las imágenes e información que se presenta en esta obra es meramente de carácter educativo y pretende la divulgación de la ciencia sin fines de lucro.

*Se autoriza, a cualquier persona interesada, la reproducción total o parcial de este documento por cualquier medio con el previo y expreso consentimiento por escrito del **CONCYTEQ**.*

La cuenca hidrológica, ese maravilloso lugar llamado Mandala.

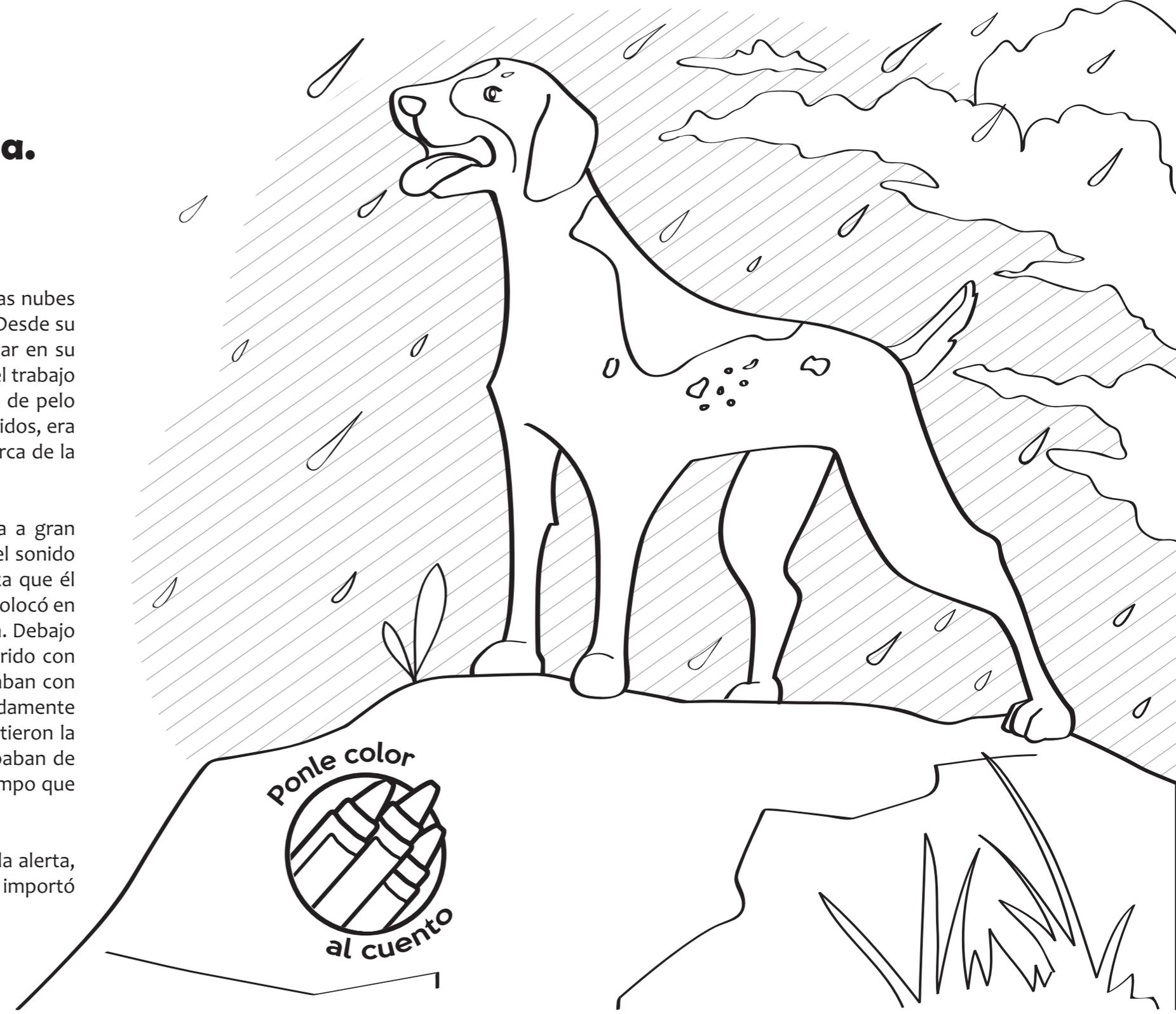
Autor: Martín Alfonso Gutiérrez López

Era una tarde clara y calurosa a principios del mes de agosto, aquellas nubes negras presagiaban una fuerte tormenta y la pradera pronto quedaría vacía. Desde su puesto de observación, “El Flaco” observaba atento aquellas nubes, para dar en su ladrido, la alerta en el momento que cayera la primera gota de lluvia. Ése era el trabajo de “El Flaco”: observar y alertar. “El Flaco” era un hermoso pointer alemán de pelo corto que, por su velocidad para correr en la pradera y la agudeza de sus sentidos, era el encargado de alertar a la jauría que vivía en la parte baja de la pradera, cerca de la ciudad.

Cuando “El Flaco” sintió caer la primera gota de lluvia, bajó de la pradera a gran velocidad; escuchaba cómo sus patas pisaban el pasto y la hierba, mientras el sonido de la lluvia era más y más fuerte detrás de sus orejas. Cuando llegó a la roca que él llamaba “Caspio”, desde donde se podía ver toda la ciudad bajo sus patas, se colocó en posición, miró en dirección a la ciudad y ladró fuertemente su señal de alarma. Debajo de aquella pradera en las zonas donde iniciaba la ciudad, escucharon su ladrido con fuerza otros perros que pertenecían a su jauría. “Ursus” y “Tessa”, que jugaban con unas mariposas que revoloteaban, fueron los primeros en escucharlo; rápidamente corrieron hasta donde se encontraba la jauría y con fuertes ladridos transmitieron la señal de alerta de lluvia. “Nena” y “Nicky”, dos perritas schnáuzer que acababan de tener cachorros, escucharon y también retransmitieron la alerta al mismo tiempo que ponían en un lugar seguro a sus hermosos cachorros.

4

Aquella tarde de verano no llovió mucho. “El Flaco”, incluso después de dar la alerta, regresó a la pradera y permaneció en el lugar durante toda la tormenta. No le importó



mojarse, pues últimamente se sentía solo y melancólico y de esta forma sus lágrimas se confundían con la lluvia que lo mojaba. Miró el paso de aquellas nubes negras, miró cómo cayó la noche sobre la pradera y cómo las luces de la ciudad empezaron a brillar en medio de la oscuridad. Le gustaba mucho aquel espectáculo, la pradera, la oscuridad y las luces de la ciudad. También le gustaba correr a toda velocidad escuchando sus patas pisando pasto y rocas; aunque le causaba dolor, esa gran velocidad le daba la oportunidad de desahogar esa tristeza y ese dolor que aún sentía en su corazón. Desde aquel fatídico 18 de agosto, cuando la lluvia se había llevado casas en la ciudad causando graves daños a todos los humanos y la jauría había sufrido la pérdida de un cachorro recién nacido, “El Flaco” se había ofrecido a permanecer en “Caspio” durante la temporada de lluvias para alertar a la jauría. Pero sin duda, la muerte de su novia “Maya”, una hermosa perrita setter irlandesa de hermoso pelo rojizo que había sido arrastrada aquel día por la corriente de agua, lo había marcado de tristeza para toda su vida. Por eso, “El Flaco” prometió a partir de ese momento proteger a la jauría con sus ladridos de alerta cuando comenzara a llover.

Una vez que cayó la noche, la lluvia limpió el cielo y se podían ver las estrellas, “El Flaco” regresó lentamente con la jauría.

-Misión cumplida por hoy – pensó “El Flaco”.

Durante el camino de regreso, no pudo dejar de pensar en su amada “Maya”. Años atrás, ella había sido envenenada en la ciudad y aquel día de la tormenta, en el que aún se encontraba muy débil, no pudo escapar a la corriente de agua que bajó como un relámpago desde la montaña, pasando por la pradera y cayendo sin piedad sobre la ciudad y sobre el refugio de la jauría.

Una vez que “El Flaco” llegó con la jauría fue a ver a “El Duque” para platicarle cómo había sucedido y cómo había terminado aquella lluvia de agosto. “El Duque” era el jefe de la jauría, era un perro viejo de raza labrador, que por su gran sabiduría, toda la jauría lo reconocía como su jefe y líder. Por esa razón, “El Flaco” llegó con “El Duque” y le platicó lo sucedido aquella tarde. Después de haber terminado de platicar y que “El Flaco” se dio la vuelta para irse a descansar:



-¿Aún recuerdas a “Maya”, verdad? –le preguntó “El Duque” con un ladrido suave. Hubo una pequeña pausa y “El Flaco” no contestó. Continuó diciendo: -Correr de esa forma causándote daño y dolor en tus patas, no hará que regrese “Maya”, debes cuidar tu cuerpo, para que siga fuerte, pues es muy importante lo que tú haces por la jauría. Si quieres aprender más sobre la lluvia y cómo la pradera produce ese temible río de agua, ven a verme mañana, trae a tus amigos si quieres y yo les enseñaré lo que es Mandala –finalizó “El Duque”.

“El Flaco” sólo movió la cabeza en señal de que eso haría y se fue a dormir.

A la mañana siguiente, “Gina”, “Kuka”, “Tatto”, “Ursus”, “Rocky”, “Lana”, “Nena”, “Nicky” y “Tessa”, toda la jauría completa despertó muy temprano. “El Flaco”, aún medio dormido, veía de reojo cómo el sol y las nubes empezaban a moverse sobre el horizonte, y cómo la jauría empezaba a jugar y a ladrar felices por el nuevo día. De pronto, recordó lo sucedido la noche anterior y su promesa de regresar con “El Duque”. Con un par de ladridos, aunque en tono dormido, saludó a todos, les dijo que “El Duque” les explicaría sobre Mandala y sin más se puso en camino. Se unieron a él “Rocky” y “Tessa”. “Rocky” era un hermoso dálmata que también, por su velocidad, competía frecuentemente con “El Flaco” y “Tessa” (una bóxer que por su gran fortaleza era la pareja perfecta para las labores rudas que necesitaba la jauría). Jugando y ladrando felices y corriendo y regresando sobre sus huellas, como buenos perros juguetones, llegaron hasta el lugar donde se encontraba su líder. “El Duque” ya los estaba esperando; emitió unos ladridos cortos de saludo e inmediatamente empezó la lección.

-Primero tengo que explicarles – comenzó diciendo “El Duque” –, porqué a esta gran pradera, a los montes arriba de nosotros y a la ciudad abajo, le llamamos Mandala. Los hombres y las mujeres de la ciudad y aquellos científicos que se dedican a estudiar las nubes, la lluvia y el agua de los ríos la llaman cuenca. Nosotros le decimos Mandala, porque es toda nuestra vida, nuestra vida está en ella, de ella proviene lo que la naturaleza quiera darnos, es en ella donde sucede todo lo que vivimos día con día.



Los hombres dicen que la cuenca es la superficie de tierra donde se puede captar y almacenar la lluvia; está formada por ríos, bosques y montañas. Mandala o la cuenca es el lugar que inicia en las partes altas de las montañas, a donde pocas veces hemos ido, por miedo a los coyotes – continuó explicando “El Duque” –; dicen que en esas partes altas es en donde nacen los ríos que vemos pasar por la pradera. El río inicia en las montañas, pasa por la pradera y continúa su camino hacia la ciudad.

-¿Así que podemos decir que Mandala o la cuenca se divide en tres partes? – preguntó Rocky

-Así es – contestó “El Duque” –, la parte alta que son las montañas, la parte media que es la pradera y la parte baja que es la ciudad – precisó –. Los hombres utilizan algo que llaman la “Curva Hipsométrica” para definir en dónde empieza cada una de esas partes de la cuenca. Por ejemplo, la gran roca que “El Flaco” llama Caspio marca el final de la zona media de la cuenca, el final de la pradera, o lo que para nosotros sería el inicio de la ciudad o el inicio de la parte baja de Mandala.

“El Flaco”, “Rocky” y “Tessa” escuchaban muy interesados. Jamás pensaron que “El Duque” tuviera tanta sabiduría. Sin darse cuenta, la mañana había pasado muy rápido y pronto tendrían que regresar con la jauría para ayudar a buscar comida.

-¿Y qué pasa con el río que lleva agua? – preguntó Rocky.

-Ésa es una pregunta muy importante – contestó “El Duque” –. El río es quien lleva el agua de lluvia hasta la ciudad y durante su camino nos permite a nosotros beberla y utilizarla. El agua que lleva un río durante todo el año, ese pequeño hilito de agua se llama Esguerramiento Base; pero cuando llueve y el río crece y se vuelve peligroso, se le llama Esguerramiento Directo.

-¿Sí, directo, porque va directo a la ciudad! – ladró “Tessa”-. Ja, ja ja -rieron muy divertidos-.

-Estamos entendiendo muy bien las cosas – comentó “Rocky”, a quien no le gustaba mucho leer, le gustaba más escuchar historias.

En aquel momento, cuando dejaron de reír se dieron cuenta que “El Flaco” no estaba riendo, parecía triste y melancólico.

-Sí, así es: justamente el Esguerramiento Directo fue quien se llevó a “Maya” – dijo “El Duque” con un ladrido suave y serio.

Todos guardaron silencio, y por un momento se sintió una tristeza en el ambiente, pues recordaron aquel momento cuando “Maya” fue arrastrada por el río y la encontraron, al día siguiente en la ciudad, muerta.

-Es muy importante que conozcan y se cuiden del río –continuó diciendo “El Duque”-, un río es muy bueno y es la parte más importante de Mandala; sin embargo puede provocar grandes daños. En la ciudad, existen construcciones para contener su furia: cuando se presenta el Esguerramiento Directo. Los hombres las construyen para proteger sus casas, sus caminos y sus comercios; las llaman Obras Hidráulicas de Protección –continuaba su explicación “El Duque”, mientras “El Flaco”, “Rocky” y “Tessa” lo escuchaban muy atentos.–. Estas obras son muy importantes y siempre deben de mantenerse limpias; desafortunadamente los hombres son muy sucios y la ciudad siempre está llena de basura, lo que provoca que estas obras dejen de funcionar y entonces el río se desborda e inunda casas.

-¿Qué más nos puedes decir del río? – preguntó “Tessa”.

-Si ustedes lo desean, pueden realizar algunas mediciones para conocer más un río – contestó “El Duque”-. Pueden conocer lo que los hombres llaman longitud y pendiente de un río.

-Suena interesante y divertido –ladró “Rocky”.

-Bien, les explicaré: si ustedes van al inicio del río en la montaña y caminan por todo el río hasta llegar a la ciudad donde termina y, luego, cuentan los pasos que ustedes dan... a eso se le llama longitud del río. Pero si son cuidadosos y cuentan los pasos totales en la parte alta, los de la parte media y los de la ciudad, podrán conocer lo que los hombres llaman pendiente del río – finalizó “El Duque”.

La mañana se había convertido en tarde y “El Flaco”, “Rocky” y “Tessa” ya tenían hambre. Sus estómagos comenzaron a sonar y, así, se apresuraron a despedirse de “El Duque”, no sin antes decirle que ese día por la tarde irían a contar sus pasos para conocer la longitud del río.

- ¡Tengan mucho cuidado! –ladró “El Duque”.

Cuando regresaron con la jauría contentos, se dieron cuenta que estaba Wally, su amigo, un alto y delgado jardinero que vivía en una casa cercana y que con frecuencia les llevaba comida y jugaba con ellos. “Gina”, “Kuka”, “Lana”, “Nena”, y “Nicky” jugaban contentas brincando, ladrando y saltando a su alrededor. Wally era quien los protegía y los cuidaba por eso lo querían tanto. Él llegaba casi todos los días en su bicicleta y se quedaba con ellos por algunas horas. Cuando Wally vio que “El Flaco”, “Rocky” y “Tessa” se acercaban corriendo, también corrió hacia ellos y todos cayeron al pasto jugando y mordisqueándose entre sí. Wally se dio cuenta que estos tres traviesos perros tramaban algo.

- ¿De dónde vienen ustedes? –les dijo Wally tomando a “El Flaco” de las orejas–. Creo que están planeando alguna travesura, espero que no vayan a ir, otra vez, a molestar al “Calimocho”, por favor –continuó diciendo mientras trataba de alcanzar a “Tessa” quien brincaba a su alrededor.

“Tessa” contestó con un ladrido fuerte, tratando de decirle a su amigo que esa tarde irían a recorrer el río. En aquel momento, se unió al juego el resto de la jauría y Wally no tuvo más remedio que darse por vencido y quedó tirado en el pasto con todos sus amigos sobre él.

Mientras la jauría dormía su siesta después de comer y Wally ya se había ido, “El Flaco”, “Rocky” y “Tessa” iniciaron su camino hacia lo alto de la cuenca, Mandala.

- Tendremos que correr muy rápido de ida y de regreso –ladró “El Flaco”–. La parte alta es peligrosa y debemos regresar antes de que llegue la noche.



El camino era largo y pesado, sin embargo la fuerza en las patas de los tres perros era asombrosa: subían por enormes rocas a gran velocidad y muy pronto pasaron por Caspio, recorrieron la pradera en tan solo unos minutos e iniciaron la subida a la montaña. Después de unos minutos pudieron escuchar el sonido del silencio. El ruido de la ciudad había quedado atrás y el sonido del bosque, de los pájaros y del agua del río era lo que percibían sus agudos oídos.

-Estamos ya en la montaña –ladró “Tessa”.

-Aún nos falta subir más –contestó con un ladrido “Rocky”.

Los tres perros continuaron subiendo por una hora más; pasaron por el bosque, por riachuelos, caídas de agua y por toda clase de arbustos y plantas. Los cojinetes y las uñas en sus patas les dolían mucho, pero por fin habían llegado a lo alto de la montaña.

-Es el Zamorano, es la montaña del Zamorano –ladró “El Flaco”-. Estamos en lo más alto de Mandala. Así se llama, me lo dijo “El Duque” –concluyó.

En aquel momento, los pulmones de los tres perros amigos se llenaron de alegría, sintieron el oxígeno puro de la montaña y cómo sus patas temblaban por el cansancio. Por unos momentos, pudieron observar aquel maravilloso espectáculo. Todo era verde: el campo, los árboles, las plantas, el cielo era profundamente azul, se escuchaba el canto de los pájaros y, también, el correr del agua del río.

-Así que en lo alto de la montaña es donde nacen los ríos –ladró “Tessa”.

-Así es. Vamos a buscar ese lugar y comencemos a contar nuestros pasos –ladró “El Flaco”.

Después de unos momentos, encontraron un manantial por donde salía mucha agua, aprovecharon para beber e iniciaron su camino de regreso bajando por el río.

Se pusieron de acuerdo en que cada quien contaría sus pisadas: primero, “Tessa” las contaría en la parte alta de la cuenca; “Rocky” lo haría en la parte media en donde estaba la pradera, y “El Flaco”, en la ciudad. Mientras viajaban aguas abajo por el río, los

amigos perros ladraban contentos platicando lo emocionante que era vivir esa aventura y que muy pocos perros podrían alardearse de lo que ellos estaban haciendo.

Después de varias horas, llegaron a Caspio, la enorme roca que marcaba el final de la pradera. A lo lejos, se veía ya unas enormes nubes que amenazaban con lluvia. Los tres estaban muy cansados pero contentos. Mientras se dirigían a la ciudad, empezó a llover; pasaron por la casa del “Calimocho”, un pug muy chiquito y juguetón, a quien a menudo lo molestaban por estar todo el día amarrado y no poder salir a jugar con ellos. Un par de ladridos fueron suficientes para alertarlo.

-¡Viene una tormenta! – le ladró “Rocky”-. Alerta a tu familia.

Después de unos minutos, la lluvia era más fuerte, pero ellos seguían adelante contando sus pisadas para poder medir la longitud del río. Cuando llegaron al final de éste, un fuerte trueno los espantó. Habían llegado a un enorme lago en donde se perdía el río. En aquel momento, un relámpago iluminó todo el cielo y, entonces, se dieron cuenta que la noche había caído. Su misión había sido cumplida.

Todos mojados, ya camino de regreso, vieron que junto al río cerca de un parque por donde a menudo les gustaba ir para jugar con los niños que se divertían en los juegos, había dos muchachos mojados que estaban muy cerca del río bajando unos aparatos en el agua. “El Flaco”, “Rocky” y “Tessa” se acercaron a ellos cautelosamente. Pudieron ver cómo colocaban una caja con luces de colores sobre el puente y cómo bajaban un tubo muy grande al río. También pudieron observar un coche blanco con un escudo que ya habían visto antes: era el escudo de un edificio que estaba en el Cerro de Las Campanas. Y sin más siguieron su camino. Cuando llegaron con la jauría, ya casi no llovía y el cielo empezaba a despejarse y hasta se podía ver un poco la luna.

“El Duque” los esperaba ya inquieto y le dio mucho gusto ver cuando los tres amigos se le acercaron. Ellos le platicaron todo lo sucedido y cómo habían llegado hasta lo alto de la montaña y cómo el río fue aumentando su caudal conforme iban bajando a la ciudad. También le platicaron acerca de los dos muchachos que estaban en el río. Finalmente, le dieron a “El Duque” la medida de la longitud del río y él les explicó, con las tres

mediciones, cómo podían obtener una curva hipsométrica del río. “El Flaco”, “Rocky” y “Tessa” estaban muy cansados y casi no escucharon la explicación de “El Duque”; lo que querían era dormir.

A la mañana siguiente toda la jauría se despertó muy temprano. Estaban inquietos y querían escuchar las aventuras que habían vivido “El Flaco”, “Rocky” y “Tessa”. Todos hacían muchas preguntas y querían saber cómo se veía la ciudad desde lo alto de las montañas, cómo era el bosque y el lugar en donde nacía el río. Estuvieron por mucho tiempo platicando con ladridos muy fuertes y muy entusiasmados. “El Duque”, que los escuchaba de lejos, se acercó a la jauría.

-¿Quieren saber más sobre Mandala y la lluvia? –les preguntó dirigiéndose a todos-. Sí -contestaron todos con un ladrido largo y fuerte.

Inmediatamente, “Lana” preguntó cómo los hombres podían saber cuánta agua había caído del cielo.

- Para medir cuánta agua cae del cielo, los hombres utilizan un aparato que se llama pluviómetro –contestó rápidamente “El Duque”-. Es un recipiente en donde el agua cae y los hombres, por la mañana, miden con una regla cuánta agua cayó –continuó-. Ustedes pueden utilizar una cubeta y dejarla a la mitad de la pradera y al terminar la lluvia bastará meter la pata en la cubeta y saber cuánta agua cayó – finalizó “El Duque”.

“Lana”, muy entusiasmada, salió corriendo y trajo una vieja cubeta.

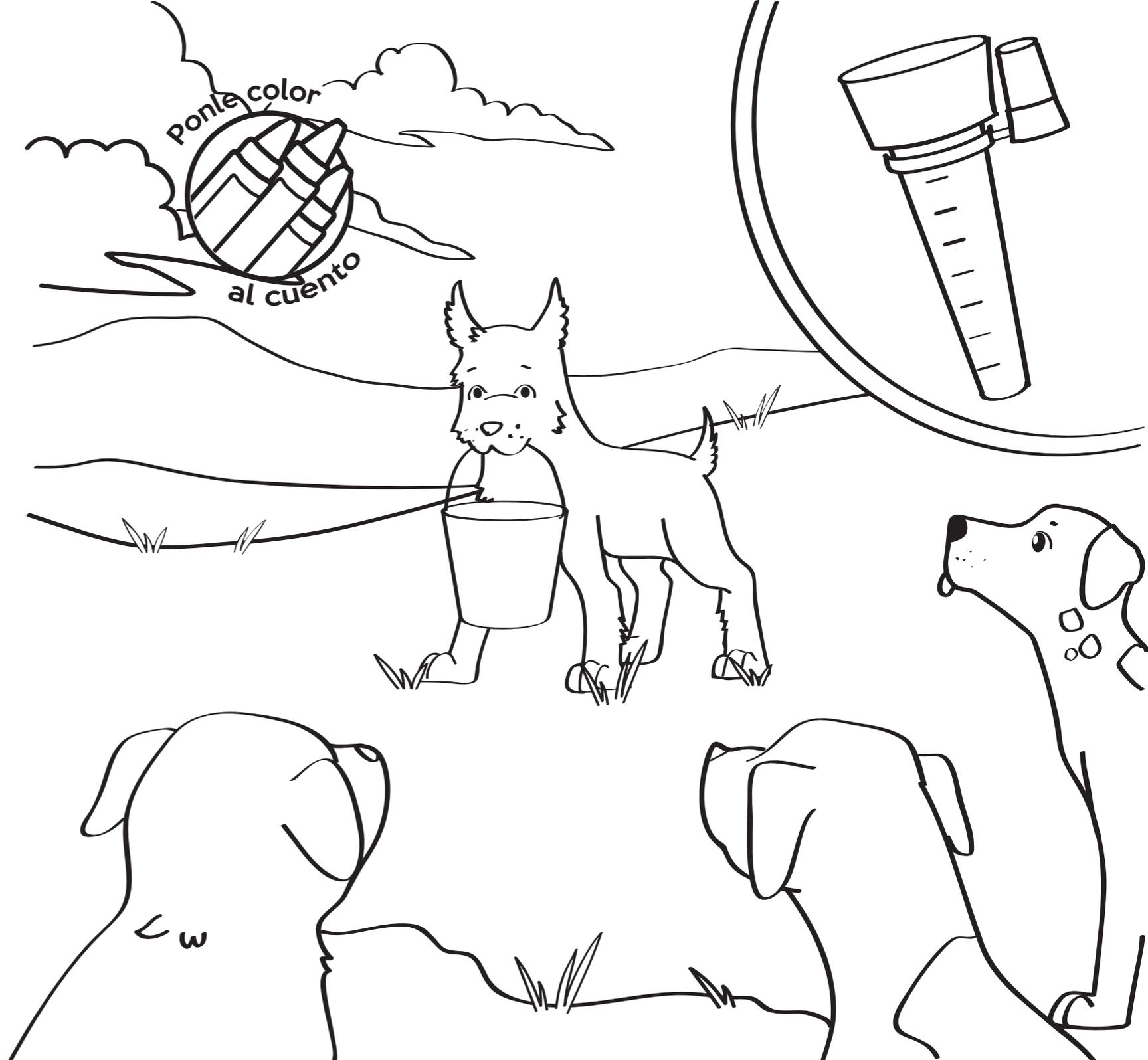
- Yo seré quien mida la lluvia –ladró con fuerza.

- Excelente -ladraron todos.

Desde aquel momento, “Lana” fue la encargada de sacar la cubeta y reportar todos los días la lámina de lluvia que medía con su pata.

- ¿Qué más quieren saber? –preguntó “El Duque”.

“Ursus”, un cócker spaniel muy inquieto y que siempre tenía calor, le preguntó cómo sabían los hombres cuál era la temperatura del ambiente. “Nena” y “Nicky” ladraron preguntando lo mismo, pues como acababan de tener cachorros les interesaba mucho que no pasaran frío.



-Una pregunta muy interesante –ladró “El Duque”–. Los hombres miden la temperatura con un aparato que se llama termómetro. Pero todos ustedes pueden conocer también la temperatura. Les explicaré: es suficiente que se acerquen a un grillo y guarden silencio – continuó explicando “El Duque”–; el profesor A. E. Dolbear fue un científico que estudió la relación que existe entre el número de chirridos de un grillo y la temperatura del ambiente. Cuánto más temperatura hay, más chirridos se producen por minuto. A este descubrimiento se le conoce como la Ley de Dolbear.

-¿Es suficiente con escuchar los chirridos del grillo? –preguntó “Ursus”.

-No –contestó “El Duque”–, es necesario que cuentes las veces que canta o chirría un grillo por minuto, luego divides esa cantidad entre cinco y luego le restas nueve – concluyó “El Duque”.

Toda la jauría ladraba emocionada, estaban aprendiendo mucho del medio ambiente y también sabían que todo eso que les platicaba su jefe, ocurría en la cuenca, o que es lo mismo: ocurría dentro de su querida Mandala.

En aquel momento, “Tessa” recordó a los muchachos qué habían visto cerca del río, en la ciudad, y le platicaron a “El Duque”.

-Son estudiantes de ingeniería –respondió “El Duque” con gran seguridad–. Lo que hacen en el río mientras llueve es algo que ellos llaman aforar. Es decir, con aparatos miden cuánta agua pasa por un río y qué velocidad lleva. Esto es muy importante, pues con esos datos ellos como ingenieros pueden construir sus obras para proteger sus casas y sus comercios –terminó.

-¿Qué es ingeniería? –preguntó “Gina”.

-Ingeniería es algo que se estudia en la universidad y sirve para que los hombres puedan construir todo en su ciudad. Con la ingeniería, los hombres logran hacer todo lo que quieren –contestó “El Duque”–. La universidad es un lugar en donde los perros callejeros no podemos entrar, pero he escuchado que, en ese lugar, muchos jóvenes estudian y leen muchos libros para ser cada día más inteligentes.

- De seguro, “El Duque”, estuvo algunos días en la universidad, por eso sabe tanto – pensó “El Flaco”.

Y no estaba equivocado, después se supo que Wally el jardinero había estudiado Ciencias Naturales en la universidad y a menudo se llevaba escondido a “El Duque” a su salón, en donde el perro esperaba silencioso hasta que terminaban sus clases. Fue de esta forma que “El Duque” llegó a ser tan sabio.

Durante los días de lluvia, “El Flaco” y sus amigos estuvieron muy divertidos escuchando grillos, midiendo la temperatura, viendo cómo escurría el agua por el río a gran velocidad y midiendo con sus patas cuánta lluvia había caído del cielo. Pasaron los días y después de dos meses terminó la temporada de lluvia. “Rocky” se había hecho amigo de uno de los muchachos estudiantes que medía la velocidad en el río y frecuentemente bajaba a visitarlo a la ciudad.

Todos en la jauría aprendieron mucho de la lluvia, de la cuenca, de los ríos y del medio ambiente. “El Duque” continuó explicando todas las tardes todos los fenómenos relacionados con el ciclo hidrológico; pero lo más importante: aprendieron juntos que la cuenca, lo que ellos llamaban Mandala, es un lugar muy importante y que debemos querer y cuidar.

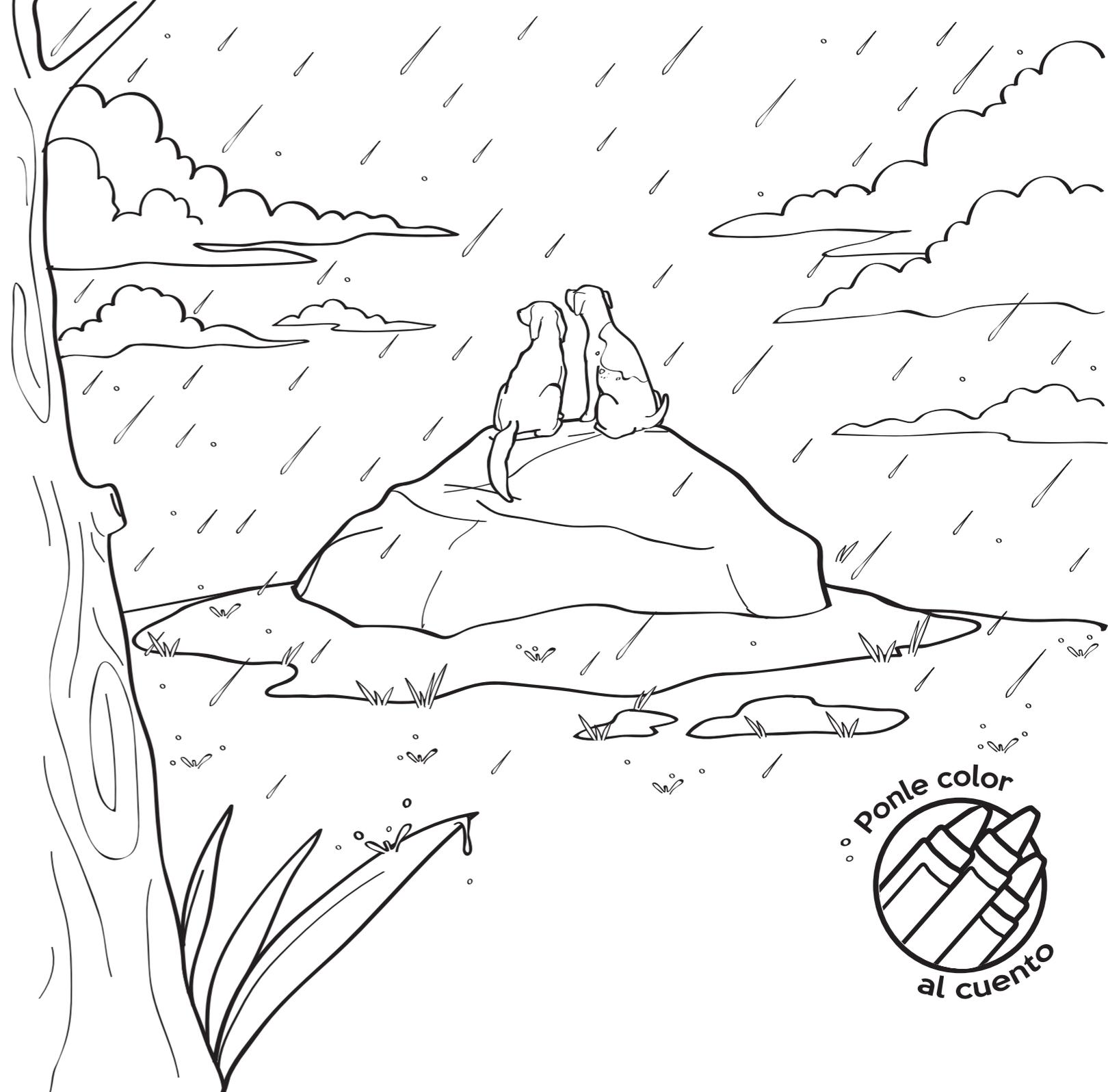
Aquí termina nuestra historia.

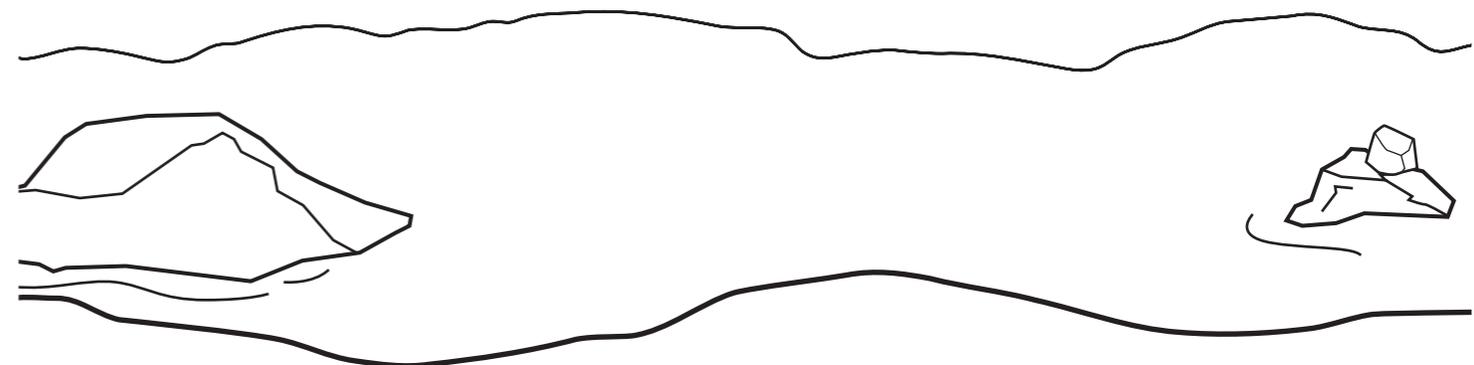
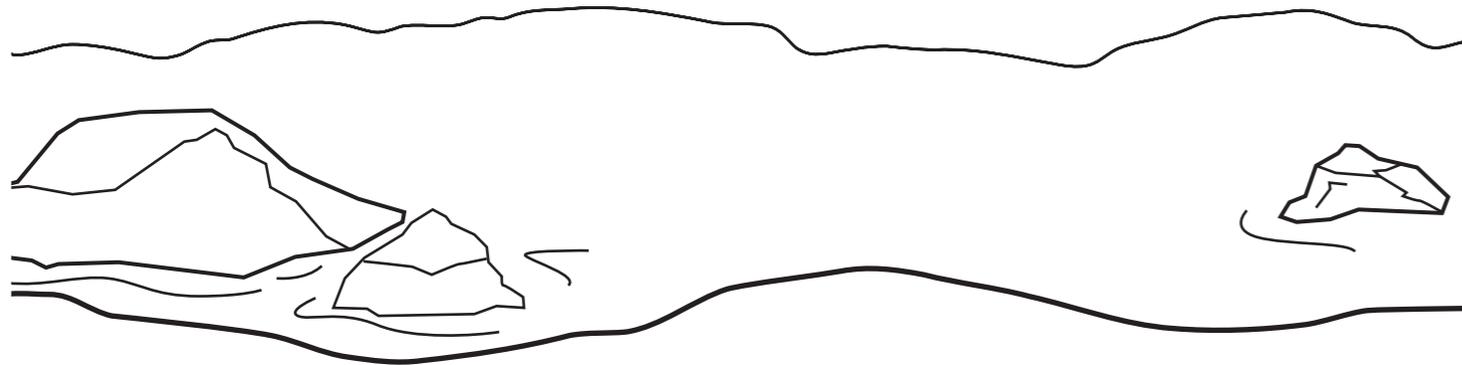
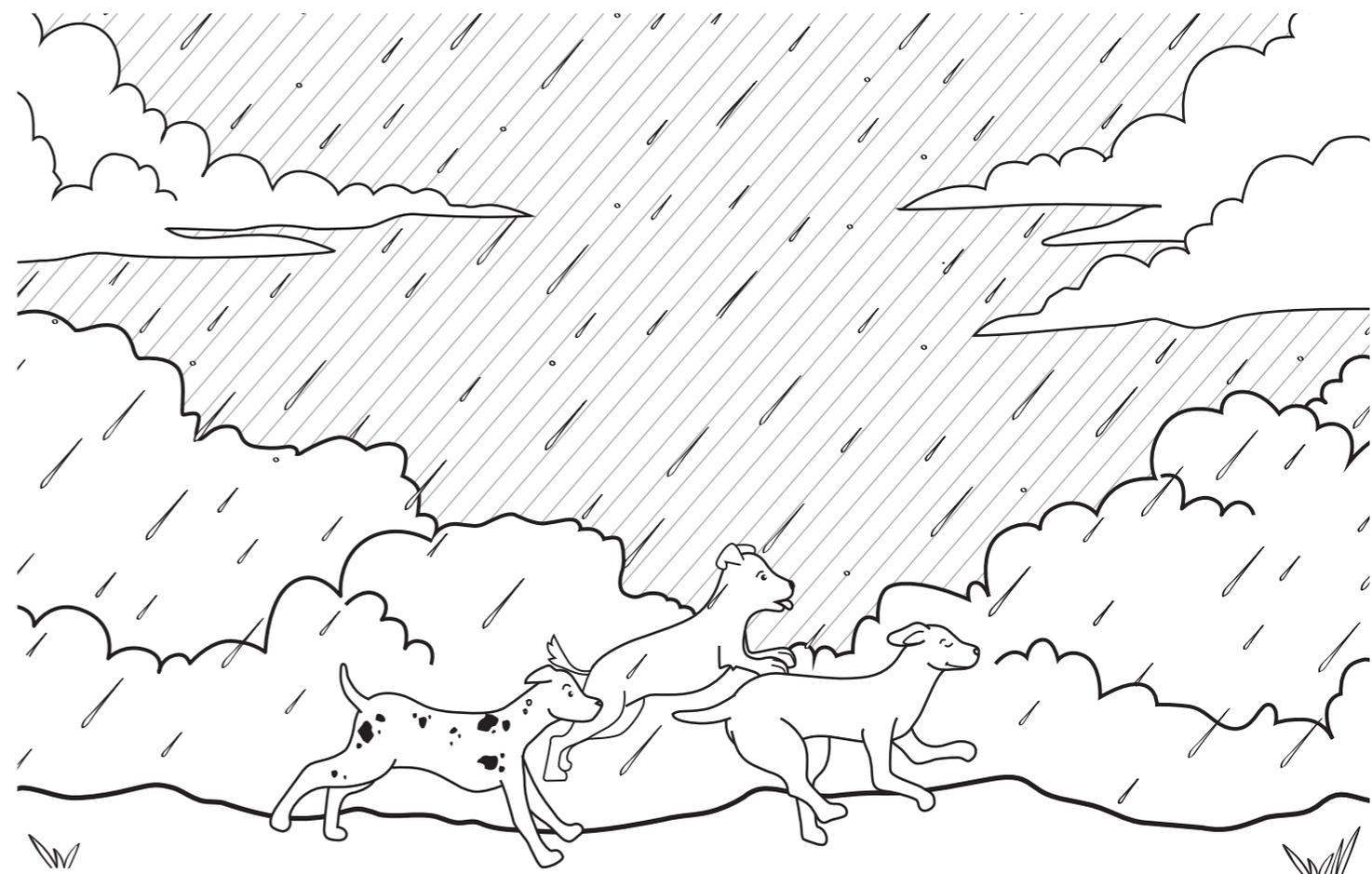
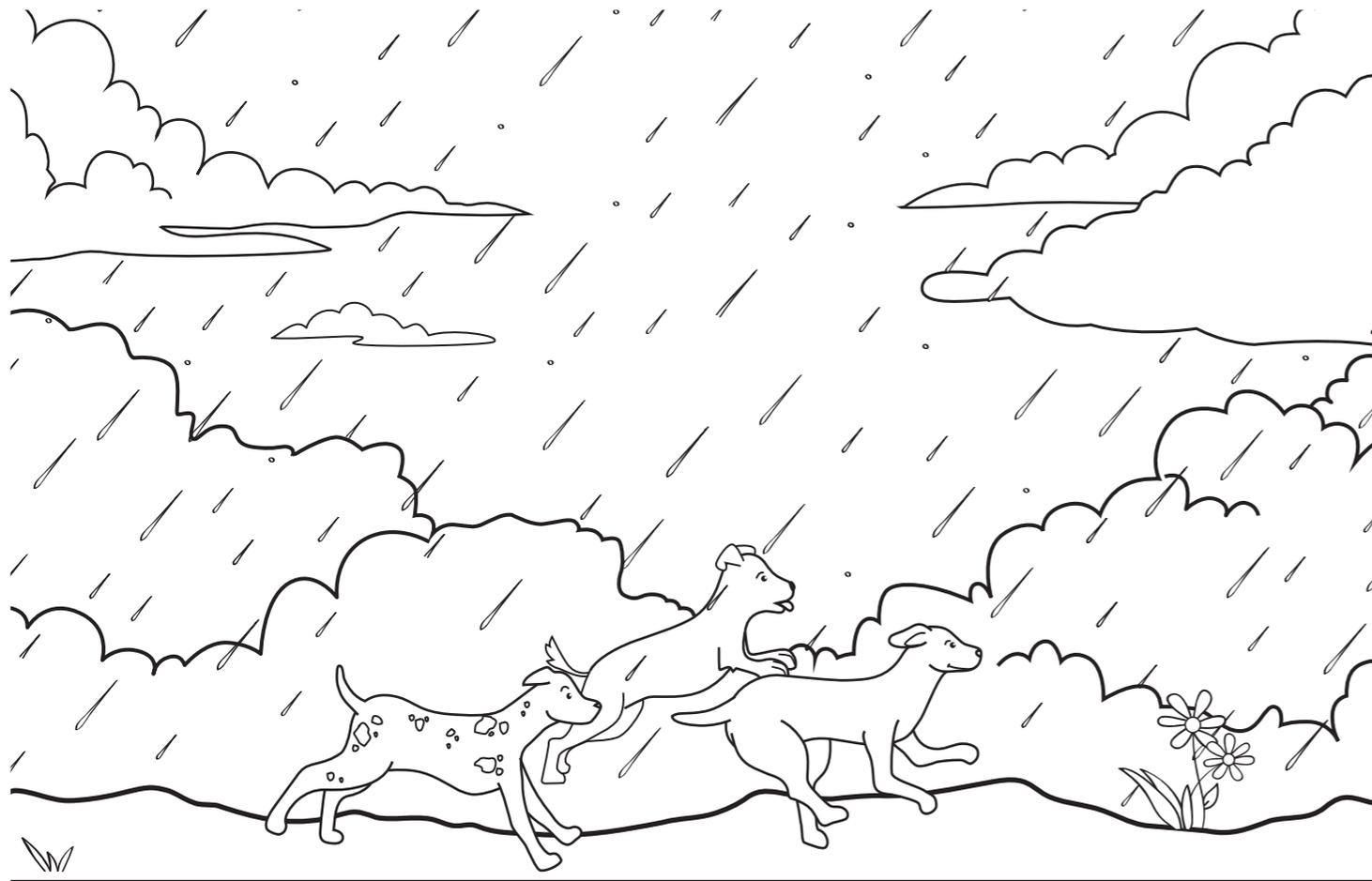
Se sabe que todos en la jauría llegaron a ser tan sabios como “El Duque” y que muchos de ellos han viajado a otras ciudades para compartir con otros perros su sabiduría y lo que aprendieron del medio ambiente.

“El Duque” murió a la edad de 12 años de edad perruna, como 75 años edad de los humanos; “Rocky” tomó su lugar como líder de la jauría y se dice que aún está con ellos. “Nena”, “Nicky”, “Gina” y “Lana” tuvieron más perritos aumentando así el número de la jauría. “Ursus” se fue a Cuernavaca en donde una familia lo adoptó y, a pesar de que no le gustaba mucho el calor, vivió muchos años en compañía de un gato llamado

“Alux”. “Tessa” decidió viajar a la playa en donde podía correr mucho por la arena del mar. “El Flaco” se fue con Wally cuando se tuvo que ir a vivir a otra ciudad. Se supo que Wally fue quien enterró a “Maya” cuando ella murió en el río. Se dice que está enterrada cerca de la gran roca Caspio y que por eso a “El Flaco” le gustaba tanto estar ahí, porque se sentía cerca de su amada.

Lo que nos deja esta historia es la enseñanza de cuidar nuestras cuencas y nuestro medio ambiente, pero lo más importante: cuando veas a un perro metiendo la pata en una cubeta sabrás que mide la lluvia, y cuando esté observando a un grillo sabrás que está tomando la temperatura. Pero mejor aún: cuando empiece a llover y escuches a los perros ladrar, sabrás que están dando señal de alerta; posiblemente sea la señal que trasmite con su fuerte ladrido, “El Flaco”, desde su roca favorita, Caspio. Tal vez si pones atención y el cielo es claro antes de que empiece la lluvia, lo verás desde su puesto de observación acompañado de su amada compañera “Maya”... están ambos cuidando de su amada Mandala, es decir están cuidando la cuenca donde viven...





Encuentra las 10 diferencias
que hay entre estas dos imágenes.